

Lucía

Bajó la ventanilla del coche con bastante esfuerzo. La manivela se atascaba cada vez que llegaba a los tres cuartos de su recorrido. Dejó que el viento agitara sus cabellos, que los peinara con sus dedos invisibles. Después de muchas horas de viaje, de música de Iva Zanicchi, Gigliola Cinquetti y Rita Pavone a todo volumen, de innumerables “¿cuánto falta? ¿falta mucho?”, su padre anunció lo que tanto esperaba que sucediera: “estamos llegando”.

Asomó la cabeza y empezó a vislumbrar las primeras vides, ordenadas en perfectas filas, milimétricamente equidistantes. Los desniveles del terreno le hacían creer que navegaba por un profundo y sosegado mar que, con sutiles olas hechas de terruño, le mecían suave y acompasadamente. Cerró los ojos. Respiró hondo. Olía a campo, a tierra, a hogar. ¡Cuánto había ansiado ese momento!

Volvió a fijar su mirada en el horizonte. El sol acariciaba su rostro. Las viñas seguían allí, rodeándola por los cuatro costados, infinitas hasta el mismo infinito. Las hojas, de un verde pardo, protegían el más preciado tesoro de toda la familia: unos maravillosos racimos de uvas de un vehemente color negro azulado que, a finales de verano, comenzarían su transformación para llegar a ser el más codiciado de los vinos.

El motor interrumpió su monocorde murmullo. El vehículo se detuvo a la entrada del viñedo. Salió corriendo, ignorando las advertencias de su padre. Una leve brisa le susurró al oído las palabras con las que siempre le recibía su abuela:

- Querida Lucía, ¡bienvenida a casa!